

AZORÍN AND THE US ARMY:  
REPRESENTATION AND PROPAGANDA

# Azorín y el ejército norteamericano. Representación y propaganda

Jesús Miguel Del Valle Vélez  
**Universidad Carlos III de Madrid**

---

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 21.10.2015

## Resumen

Este trabajo se centra en comentar la construcción o representación que realiza Azorín del ejército norteamericano en el campamento que construyeron, el año 1918, en Francia durante la Gran Guerra, luego que, en 1917, los Estados Unidos de América entraran en la contienda, permitiendo que se pudiera definir como un conflicto global, y no solo europeo. Azorín, alineado a la causa aliada y, especialmente francesa, escribe para el periódico ABC, de carácter germanófilo, artículos que sirven de propaganda en España de los intereses aliados y estadounidenses. Representa al joven ejército como una entidad fuerte y vital que decidirá, como así fue, el final de la guerra.

## Palabras clave

Gran Guerra, Azorín, Prensa, ABC, representación y propaganda de Estados Unidos

## Abstract

This paper provides a commentary on the constructions and representations made by Azorín on the US army at the campsite built in France during the Great War in 1918, after the US had joined the war in 1917. It was this action that finally turned the conflict into a world war. Aligned with the Allied, and especially the French causes, Azorín wrote for the Spanish newspaper ABC, which sided with Germany. His articles were used as propaganda in Spain for US and Allied interests. He represents the young army as a strong and vital entity that will decide the outcome of the war.

## Key words

Great War, Azorín, ABC Press, representation and propaganda of the USA

En el 1898 Estados Unidos de América se convierte finalmente en una potencia imperial, gracias a la capacidad militar aderezada de los avances tecnológicos traídos por la industrialización. Esta certera utilización de dichos recursos, unida a la crisis del sistema español, materializó rápidamente la victoria estadounidense. Sin embargo, no se puede olvidar que el triunfo sobre España tuvo fuerza simbólica en gran medida por el esfuerzo propagandístico de la prensa estadounidense que acompañaba su expansión capitalista. Se consiguió dirigir la opinión pública a favor de la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial presentando a sus militares como jóvenes y fornidos estandartes de la nación moderna y modélica provista de un extraordinario régimen de libertad.

Conseguir en España un alguien que actuase como portavoz de su política, precisamente por ser el imperio al que derrotaron los Estados Unidos, podría significar la ratificación simbólica del régimen estadounidense en el mundo. En el momento en que Azorín es invitado a las instalaciones del ejército estadounidense en Francia, aunque fuera en calidad de escritor y periodista, ratifica el lugar de la nación anglosajona en la contienda global. No se trata, pues, de una estrategia de propaganda burda para reconducir la opinión pública española frente a la aún abierta herida del 98, como podría pensarse. Azorín consigue, tanto dentro como fuera de España, revestir de moralidad la gesta americana de la guerra.

Una nación «nueva» se yergue ante los ojos del escritor. Azorín no es un hombre de letras cualquiera. Poco importa el lado del espectro político que se habita, poco importa si se milita en un partido conservador, si se tiene silla en el Congreso, todo eso es indiferente cuando se entra en esa corriente que es la Historia en la que el tiempo, presente y pasado, se conjuga en un instante claro. Algunos pudieran acusar a Azorín de elaborar un largo panfleto, de haberse entregado a los valores aliadófilos, de bailar al son que le tocaran los estadounidenses pero, aun en ese caso, fue capaz de mostrar un hecho quizá hiriente para muchos tras la guerra de fin de siglo. Él lo vio claro: Estados Unidos sería la nación que iba a marcar la senda, más o menos torcida, más o menos derecha, por la cual la humanidad caminaría a partir de entonces por un tiempo indefinido pero largo.

Los artículos recopilados en *Los norteamericanos*, escritos y publicados en los últimos meses de la Gran Guerra para el periódico ABC, germanófilo (lo que indica la valentía y decisión del autor), si se obvia el carácter deliberadamente propagandístico pro-aliados de los mismos, producen en el lector contemporáneo cierta sensación de desasosiego ante la clarividencia de Martínez Ruiz. El papel que desempeñaría el ejército de los Estados Unidos de América y por consiguiente aquella joven nación, inscrita en la Historia como un cuerpo

nuevo y sin pasado, se mostraría decisivo para los avatares del siglo XX a partir de la quebra-diza paz conseguida entre los poderes europeos el 11 de noviembre de 1918.

Azorín, ya fuese por convicción o, incluso, por intereses bastardos incomprobados, fue capaz de mostrarlo y defenderlo. Para esto utiliza tres estrategias a través de las múltiples descripciones que conforman la visión idealizada de los norteamericanos.

Primero, engarza la nueva nación a la tradición española a través de un artificioso hermanamiento entre la fisionomía de los españoles y sus ciudades con sus homólogos estadounidenses.

En segundo lugar, vincula la novedosa y aparatosa hazaña militar a los valores civiliza-torios de la cultura francesa, de la cual Azorín es admirador y siempre propagandista.

En tercer lugar, vuelve a la historia de España, al 98, para remarcar lo inevitable de aquella pérdida, en tanto que el antiguo imperio español, como representante de un pasado ya superado, es incapaz de resistir ante lo nuevo. Esto, según Azorín, lejos de constituir una tragedia, significa el inicio de un nuevo ciclo histórico dentro del cual España debía in-cluirse si quería seguir formando parte de la Historia.

Durante un mes ve y narra, de primera mano, lo que acontece en París. De las co-lumnas publicadas en el periódico surgirán los libros *París bombardeado* y *Con bandera de Francia*. Instalado ya en París es cuando fue invitado por el Estado Mayor norteamericano a visitar los campamentos, lo que posibilitará la serie de artículos titulados *Los norteameri-canos*. Fueron recogidos en las *Obras completas* de Azorín, editadas por Ángel Cruz Rueda en 1954, y por Laureano Robles en 1999, en edición a nuestro juicio equivocada y confun-didora pues, bajo el título *Los norteamericanos* incluye, no solamente los textos derivados de sus visitas a las instalaciones militares de ese ejército, sino también artículos de los otros dos libros antes mencionados durante su estancia en París, lo que desvirtúa ideológica-mente el material que nos ocupa.

Azorín, francófilo y aliadófilo, tiene como objetivo claro presentar al público español, dividido en germanófilos y aliadófilos y ajeno a los detalles de la contienda, las razones por las cuales los ideales de cultura y civilización defendidos por los Aliados y, sobre todo, por los norteamericanos serán los que saldrán victoriosos del enfrentamiento armado. Pretende a la vez mostrar cómo los valores con los que ilustra a los norteamericanos son necesarios para España, tanto por la cercanía y tradición histórica con Francia, como por ser, según él, estandartes de una nueva época en la historia de la humanidad, debido a que imponen la democracia, la igualdad y la libertad.

En 1918 han pasado veinte años desde la guerra Hispano-cubana. La herida y las con-secuencias del llamado desastre del 98 tienen aún un impacto directo en la España de la Res-tauración. España pierde su posición imperial y Estados Unidos se alza como nueva potencia militar y comercial. Esta pérdida de poder y la inestabilidad interna del Estado son las que, de alguna forma, marcan la neutralidad de España durante la Gran Guerra. Aunque el comercio con los aliados durante la guerra favorece la economía española, la división ideológica se inclina más hacia las gestas militaristas del imperio Alemán. Se puede decir que la llegada de Estados Unidos a la contienda agudiza las suspicacias y el rechazo de la opinión pública ante las maniobras de los aliados. Azorín, diputado conservador dentro del grupo de Juan de la Cierva, utiliza su acceso a los medios que moldean la opinión pública para hacer una clara

defensa de los Aliados. Intenta inclinar la balanza hacia esa y advertir a los españoles de lo que significará para su propia historia la victoria norteamericana.

Al igual que España, al comienzo de la guerra Estados Unidos se situó como país neutral. Recordemos que la Gran Guerra se inició sólo como una contienda europea y, en este sentido, la joven república era ajena a los conflictos nacionales y de poder que se dirimían en Europa, si bien era beneficiaria económica de la contienda tanto en la producción de bienes para las acciones bélicas como en la deuda que los países en guerra contrajeron con el americano durante los años previos a su intervención. Neutral y distante, funcionó, gracias a su gran desarrollo industrial como el gran comerciante tanto para Alemania como para los países de la *Entente*. Así, aunque sus intereses económicos y comerciales con Europa fueron aumentando según se alargaba la lucha en el frente, consiguió mantenerse al margen del conflicto.

El presidente Woodrow Wilson, públicamente pacifista y quien defendía un cese sin vencedores ni vencidos, consiguió su reelección al final de 1916 con el eslogan «*He kept us out of war*» (Nos mantuvo fuera de la guerra). Pero vio cómo el programa de neutralidad estadounidense dejó de ser sostenible una vez que Alemania reforzó su ofensiva naval con los ataques submarinos y amenazando con llevar la guerra a las fronteras norteamericanas. Una serie de eventos acumulados llevó a un giro drástico en la opinión pública estadounidense y al cambio de política. El primer evento fue el hundimiento del buque de pasajeros Lusitania, el 7 de mayo de 1915, en el que murieron más de cien ciudadanos norteamericanos. La acción alemana contravenía los acuerdos internacionales de no atacar embarcaciones comerciales y de pasajeros sin poner a la tripulación a salvo. La violación de estas convenciones para el ejercicio de la guerra demostró lo obsoleto de la forma antigua de combatir ante los avances tecnológicos militares y puso de manifiesto que, de hecho, se estaba viviendo una nueva época de la humanidad.

El presidente Wilson lograba mantener a la nación fuera del conflicto, ya fuese por intereses o convicción. Mas Alemania, en 1917, ante el abandono por Rusia de la guerra, debido a su revolución, y pensando que Estados Unidos no tenía la capacidad para reunir un gran ejército rápidamente, decidió reanudar los ataques submarinos con objeto de conseguir una merma importante de las materias primas procedentes de las naciones neutrales, como Estados Unidos, que llegaban a territorio aliado. En ese panorama en el que parece que Alemania va a ganar la guerra, tales acciones ponen en grave riesgo los intereses económicos norteamericanos y la deuda de los aliados.

La entrada de Estados Unidos en la guerra se sella cuando se intercepta en enero de 1917 el llamado telegrama *Zimmerman*, en el cual Alemania propone a México entrar en guerra con Estados Unidos, para de esta forma distraer a los estadounidenses en su propio territorio mientras Alemania conseguía poner fin a la guerra de trincheras<sup>1</sup>. Tras un im-

---

1. Para un estudio de las consecuencias de este telegrama debemos remitirnos al ya clásico libro escrito por la historiadora B. Tuchman, *El telegrama Zimmerman*, Barcelona, 1958, 2010. Además se consultaron las siguientes fuentes: S. Dawbarn de Acosta, *La Primera Guerra Mundial (Crónica del siglo xx)*, Madrid, 2006; M. Ferro, *La Gran Guerra 1914-1918*, 2ª ed., Madrid, 2002; P. G. Fredericks, *The Yanks are Coming*, New York, 1964; N. Stone: *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, 2008.

portante debate público y de las votaciones preceptivas en el Congreso, Estados Unidos le declara la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. La entrada de Estados Unidos en la guerra la convertiría definitivamente en una guerra mundial y, si bien el país no consiguió formar su ejército hasta comienzos de 1918, el insumo de capital y de hombres que significó, inclinó la balanza definitivamente hacia el bando aliado llevando a Alemania al armisticio del 11 de noviembre de 1918.

Azorín en sus artículos muestra a los norteamericanos con una verdadera aura de asombro, con los ojos de un maravillado ante el descubrimiento del poder de la joven república:

«Se tiene la idea de que el pueblo americano es un pueblo de financieros, comerciantes, industriales. Lo que primero –y únicamente- pensamos al pensar en los Estados Unidos es en el tráfigo y el vértigo de su industria y de su comercio. Y luego, ahora yo, nos encontramos sorprendidos al tener antes los ojos un perfecto, un maravilloso poder militar»<sup>2</sup>.

Antes de ser tan categórico con el poder estadounidense, presenta al lector a los oficiales que le escoltan en esta visita:

«El capitán es un completo español; es español -levantino- por su tipo, por su habla correctísima en castellano, con modismos e inflexiones de voz peculiares en España...»<sup>3</sup>.

En el mismo artículo continúa:

«Uno de los tenientes es de un tipo parecidísimo a nuestro Rey: la misma figura, los mismos movimientos rápidos, decididos y elegantes»<sup>4</sup>.

Y sigue vinculando a los estadounidenses y a su cultura con aquella de España, con sus gentes y sus ciudades:

«¿Cómo es este general? ¿Habrà nacido y vivido en Toledo, en Palencia, en Burgos? Su estampa nos muestra al castellano castizo. Moreno, curtido, de ojos vivaces, tiene todo el tipo de un español... Barcelona -nos dice- es una bella ciudad. Se parece mucho a las ciudades americanas. Actividad y luz»<sup>5</sup>.

Una vez que Azorín ha hermanado a los españoles con los norteamericanos, los diferencia, sobre todo, en la fuerza que trae su juventud, una juventud no dictada sólo por la edad física, sino por una cualidad espiritual del pueblo estadounidense, por la energía que trae una nación nueva:

---

2. Azorín, “Los norteamericanos I”; *Los norteamericanos*, Alicante, 1999, 76. (Introducción, edición y notas de L. Robles). Artículo original en *ABC*, 15-VI, 1918, 3-4.

3. Azorín, “Los norteamericanos I”, *op. cit.*, 76.

4. Azorín, “Los norteamericanos I”, *op. cit.*, 76.

5. Azorín, “Los norteamericanos I”, *op. cit.*, 78.

«Estos americanos me producen la impresión de niños grandes y fuertes. Decidirán la guerra, alegre y confiadamente. Ahora están nada más que comenzando. Tienen confianza absoluta en su enorme poder. Y cuando se duda de ello -como alguna gente en España- estos niños grandes, fuertes, joviales, animosos, se ríen de la mejor buena gana»<sup>6</sup>.

A través de todas sus crónicas relacionadas a los norteamericanos, Martínez Ruiz, consigue crear una imagen incontestada de poderío, de orden, de marcialidad, y todo desde un tono desenfadado y claro:

«Cada ejército, tiene en los detalles, sus características distintivas, En España habrá pocos oficiales y jefes que vayan completamente rasurados; entre los norteamericanos -soldados, oficiales y jefes- la excepción es el que usa bigote o barba. Todos van cuidadosamente afeitados, pulcros, limpios...»<sup>7</sup>.

Esta frase, si bien puede parecer superficial, sirve, como diría el propio Azorín, para mostrar la psicología del pueblo norteamericano. Siempre lo hace con el contrapunto español, sin temer que se entienda como un cierto desdén de la propia milicia española. Si antes nos dice que físicamente son iguales a los españoles, también los distingue y los separa, para hacer de los norteamericanos unos entes superiores.

Al mostrar el poderío técnico que despliegan los estadounidenses en los campamentos que construyen en el territorio francés, da cuenta, en el fondo, de los valores fundamentales que, cree, llevarán a Norteamérica al triunfo. Así, en sus primeras columnas, ya profetiza lo que será el desarrollo de la guerra con los Estados Unidos directamente implicados en ella.

Los norteamericanos le llevan a hacer un recorrido por todas sus instalaciones militares y, aunque es muy cauto al nombrar cantidades (probablemente fue aleccionado para evitar dar pistas al enemigo), Azorín iguala la superioridad técnica a la superioridad moral de un pueblo que, según él, protegerá a Europa con las insignias de la democracia y la libertad. En el artículo del 22 de junio de 1918, titulado *Ciudades militares*, el autor muestra el enorme despliegue de medios de todo tipo con el que cuentan los Estados Unidos:

«Trazan un vastísimo cuadrado -que sirve de plaza central- y alrededor van formando calles anchas y simétricas. Las casas son de madera; vienen todas de América y aquí las arman. Las cocinas son de piedra, de sencillos muros, formados con sillares. Estas ciudades abarcan un área extensísima; reposan y descansan en ellas durante unos días, antes de salir para el frente, veinticinco o treinta mil soldados»<sup>8</sup>.

---

6. Azorín, "Los norteamericanos II. Automóviles y aeroplanos"; *loc. cit.*, 83. Artículo original en *ABC*, 17-VI, 1918, 7-8.

7. Azorín, "Los norteamericanos II. Automóviles y aeroplanos"; *op. cit.*, 82.

8. Azorín, "Los norteamericanos IV. Ciudades militares"; *loc. cit.*, 89. Artículo original en *ABC*, 22-VI, 1918, 3-4.

Así, pues, dedica Azorín su artículo a describir el enorme tráfico de bienes en el puerto. Habla de lo que llama la *ciudad de los automóviles* donde habitan los mecánicos; del hospital, al que denomina *ciudad sanitaria*, o de la *ciudad de las cosas*, que contiene todo el material y provisiones para hacer funcionar al ejército, pertrechado de los más recientes avances industriales de la nación, como el automóvil y la locomotora (según Azorín, los norteamericanos han construido 400 kilómetros de vía), símbolos del avance imparable del país. En todas sus columnas Azorín subraya cualidades como el orden, la pulcritud, la capacidad técnica y la simplicidad funcional sin ostentación, así como la disciplina y la ética laboral de esa nación de «financieros, comerciales, industriales». Cualidades todas ellas que, en la demostración de los campamentos militares, los norteamericanos quieren dejar claras a Azorín. Los Estados Unidos se presentan como una nación moralmente superior.

Luego de describir el poderío norteamericano, el periodista dedica el resto de sus artículos, de manera reiterada, como admite en el del 16 de julio de 1918, a desarrollar los postulados ideológicos que implican la participación de Estados Unidos en la guerra. Dice, por ejemplo, que al comienzo de la guerra lo que se debatía “era el predominio de una u otra ideología: la que representaba Alemania y la que encarnaba Francia”<sup>9</sup>. Porque la guerra empezó como una lucha de poderes imperiales, una guerra nacionalista motivada por viejas rencillas entre los estados europeos. Sin embargo, entiende que concluirá como una guerra ideológica (lo que sería en parte, después, la Segunda Guerra Mundial): un enfrentamiento entre autoritarismos y democracia (o capitalismo). Y es que Alemania representa para Azorín un autoritarismo que no favorece el desarrollo de los pueblos:

«No queremos, no quieren los Estados Unidos, que las naciones sean movidas por fuerzas ajenas a ellas mismas. Los pueblos, en la paz y para la guerra, deben ser dueños de sus propios destinos. (...) Las autocracias acabarán con la federación de las naciones; delegados de los Parlamentos formarán el organismo supremo que regule y encamine los grandes asuntos de los Estados»<sup>10</sup>.

Aquí, Azorín hace referencia al punto último de los catorce que enunció el presidente Wilson el 8 de enero de 1918 como necesarios para conseguir la paz. Estados Unidos planteaba la propuesta de una liga o grupo de naciones que garantizase la libertad de maniobra de los pueblos. Finalmente los Estados Unidos no se adhirieron a esta propuesta que había sido suya y que, sin embargo, fue el germen de lo que serían la Sociedad de Naciones, al finalizar la Primera Gran Guerra, y las Naciones Unidas al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Desde una postura extremadamente idealista, Azorín continúa defendiendo los valores que aporta la nación norteamericana. Valores estos de libertad, que traerán una nueva era a la humanidad si es comandada por Estados Unidos. Según, Martínez Ruiz, la república norteamericana entra en la guerra «para destruir para siempre en el mundo el antiguo concepto de militarismo y de guerra»<sup>11</sup>. ¿Cómo se consigue esto? Dentro de los valores de libertad, los

9. Azorín, “La misión de los Estados Unidos”, *loc. cit.*, 127. Artículo original en *ABC*, 30-VIII, 1918, 3-4.

10. Azorín, “La misión de los Estados Unidos”, *op. cit.*, 128.

11. Azorín, “El ejército norteamericano”, *loc. cit.*, 115. Artículo original en *ABC*, 30-VII, 1918, 2-3.

norteamericanos constituyen una nueva sociedad y si bien, según sus oponentes, el ejército estadounidense no es más que una milicia, Azorín lo presenta como una virtud. Este ejército estaría compuesto por hombres todos iguales, obreros, quienes sólo intercambian sus herramientas de trabajo por las armas cuando se ve amenazada la base de su sociedad. Así, curiosamente, no presenta a los norteamericanos como una potencia militarista (militarismo probado en el resto del s. xx y ya desde las primeras intervenciones en Centroamérica y el Caribe), sino como una sociedad libre de trabajadores guiados por la democracia.

En los últimos artículos de *Los norteamericanos* Azorín hace un llamado a España para que, desde el sentido común y desde el sentido histórico, se dé cuenta de lo que verdaderamente representa Estados Unidos en la historia de la humanidad, de su valor de futuro. En *Pi y Margall y los norteamericanos*<sup>12</sup>, hace primero, como en casi todos sus artículos, una muestra de erudición, aunque mantenga un tono accesible al lector medio de esta época. Luego, a partir un artículo de Pi y Margall escrito tras el 98, propone a los españoles que no se vuelvan ciegos ante las pruebas magníficas de cambio que plantea Estados Unidos. De la misma forma que la joven nación se alzó en su propia guerra de secesión y cómo, luego, venció a España en la guerra cubana. Era inevitable, sugiere a través de sus textos, que España perdiese ante los estadounidenses, pues el pasado no se puede anteponer al futuro. Según Azorín, el 1918, es momento de levantarse y aliarse con Estados Unidos para el desarrollo pleno de España en el conjunto de Europa y del Mundo.

A pesar de su idealismo y de su afán propagandístico, Azorín no se equivocó. No en que el nuevo orden mundial que se construía trajera la libertad, sí en que Estados Unidos dirigiría el rumbo del mundo durante el siglo XX. Curiosamente, las guerras europeas desplazarían el centro del mundo hacia América de Norte. Más allá, pues, del estricto valor literario que siempre tiene la cuidadísima y elegante prosa azoriniana, estos artículos, contemplados en su conjunto, transmiten la perspicacia de Martínez Ruiz que supo, muy pronto, comprender la importancia de la implicación de los Estados Unidos en los asuntos europeos. Si quisiéramos buscar un antecedente en algo similar, deberíamos retrotraernos a los artículos ingleses de José María Blanco-White quien vio pronto la necesidad indefectible de que los territorios españoles de América se independizaran y avisó a los españoles de la necesidad, primero, de aceptar una inmediata derrota histórica y, segundo y nunca admitida por la gobernación del país, la posibilidad de revertir la derrota en logro político, construyendo un nuevo modo de cooperación con los americanos. Blanco-White y Azorín son dos ejemplos de una clase intelectual que, a través de sus escritos, supo proponer, sin ser escuchada, una nueva y más inteligente actuación española en la historia internacional moderna.

---

12. Azorín, "Pi y Margall y los norteamericanos"; *loc. cit.*, 103. Artículo original en *ABC*, 3-VII, 1918, 2-3.